

**UNA
PECADORA
RECIBE EL PERDÓN**



Imagínese estar sentado en su propia casa con un invitado muy importante y luego ver a una mujer, conocida por su pecado, entrar y ponerse detrás del invitado. Además, la mujer está llorando, interrumpiendo esa valiosa conversación. En los tiempos bíblicos era común que las personas llegaran a cualquier fiesta sin una invitación personal, pero Simón el fariseo no estaba nada contento con este acontecimiento.

Más aún, imagínese el efecto que las palabras que Cristo le dijo a la mujer al final de la historia tuvieron en Simón: “Tus pecados te son perdonados” (Lucas 7.48). ¿Qué fue lo que pasó? Siga la historia conmigo.

Note la descripción de ella. “Una mujer de la ciudad, que era pecadora” (v. 37). No describe su pecado en sí, pero, cuando Simón piensa con desdén en su corazón que un profeta “conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca” (v. 39), nos hace pensar que era prostituta. Simón, siendo fariseo, era de los hombres más respetados y concededores de la ley.

El deseo de la mujer no era llamar la atención a sí misma, sino estar cerca del Señor Jesucristo. Lo más seguro es que ella vio en Él la única fuente de esperanza en su vida, la única Persona

que le podría dar lo que más necesitaba: el perdón de sus pecados.

Obviamente había tomado la decisión de ir ahí, porque vino preparada con un frasco de alabastro con perfume. Seguramente no ignoraba el hecho de que los demás la despreciarían, pero no le importó; sólo quería ver al Señor Jesús.

Cristo, al saber lo que había en el corazón de ella y lo que había en el corazón de Simón, le dice al fariseo: “Simón, una cosa tengo que decirte” (v. 40), y sigue con la parábola de los dos deudores. No es difícil entender lo que Cristo le contó, y Simón lo captó bien. Un hombre debía 50 denarios y el otro 500. (Un denario era el sueldo diario de un obrero). Ambos fueron perdonados, pero la pregunta que Cristo hace es: “¿Cuál de ellos le amará más?” (v. 42). Posiblemente el que debía 50 denarios no vio su situación como algo muy urgente, pero el otro sí estaba muy consciente del hecho de que jamás iba a poder pagar su deuda.

Cristo muestra la diferencia entre Simón y la mujer pecadora, y se ve claramente en el trato que cada uno le dio a Él. Simón lo invitó, pero no le dio ni agua para sus pies, ni beso, ni aceite para su cabeza. La mujer llegó y regó sus

pies con lágrimas, besó continuamente sus pies, y los ungió con perfume.

Fíjese muy bien que no fue perdonada debido a sus hechos, sino por medio de su fe. Cristo le declara: “Tus pecados te son perdonados” (v. 48). Al escuchar a los que estaban a la mesa decir: “¿Quién es éste, que también perdona pecados?”, le dice: “Tu fe te ha salvado, ve en paz” (vv 49-50).

El perdón trae la paz y ambos son regalos divinos. ¿Los ha recibido usted?

Marcos Caín



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com